UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

EL ESCANDALO

SEMANARIO
Se publica los jueves
30 céntimos

AÑO II — BARCELONA 12 DE AGOSTO DE 1926 — NÚMERO 43

CRONICA

El curandero aragonés

Un periodista de Zaragoza ha ido al pueblo de Bujaraloz y ha hablado largamente con el peón caminero Gaudencio Beltrán. Gaudencio Beltrán soñó una noche que tenía poder para curar todos los domingos a diez incurables. Luego soñó que ese poder suyo podría ejercerlo únicamente los sábados. Y las multitudes le rodean y le imploran y le han convertido en un taumaturgo.

El receta siempre lo mismo; es decir, manteca de cerdo para los hombres y manteca de cerda para las mujeres. Pronuncia unas palabras sibilinas, impone las manos y dice por último solemnemente: "Tú te curarás." Y el enfermo se retira consolado y con el pecho abierto a la esperanza. ¿Y acaso la esperanza y el consuelo no son ya un principio de salud?

El periodista zaragozano habló con una labriega, una pobre aragonesa que llevaba en brazos a su hijo tullido.

—Me han dicho que este hombre cura a los que abandonan los médicos — exclamó la infeliz —. Mi hijito, según los facultativos, es incurable. Vengo a que lo vea; y bajaría al fondo del Ebro si me dijeran que allí estaba el remedio.

Bujaraloz es invadido por docenas de autos que llegan cargados de gente de Zaragoza, de Mequinenza, de Pina, de Fraga, de Alhama. Hasta Valencia, Cataluña, La Rioja y las Vascongadas ha llegado la fama de Gaudencio, el peón caminero. La única posada del pueblo rebosa de viajeros a todas horas. Han sido abiertas varias hospederías. Y no pocas personas acampan al aire libre, esperando...

Porque se trata de un azar, de una especie de lotería maravillosa. Gaudencio sólo recibe en su modesta vivienda a diez enfermos, en la noche del sábado de cada semana. No valen recomendaciones ni se respetan derechos de turno. Los pacientes se ponen en fila delante de la casilla, a lo largo de la carretera de Francia. Cuando es de noche, Gaudencio sale y les pasa revista y elige a diez. Son los privilegiados, los que se curarán, y los otros habrán de esperar a los sábados sucesivos. Muchos se quedan en el pueblo. La mayoría se marchan y vuelven al otro sábado por la mañana. ¿Quién sabe? Tal vez les toque el premio de la receta, la imposición de manos, las frases sibilinas y la promesa magnífica: "Tú te curarás." Por oír esta última lo arrostrarían todo, viajes largos, gastos excesivos, noches al aire libre...

¿Por qué sólo diez escogidos? ¡Diez entre centenares! Gaudencio lo explica. No tiene poderío para más, y ha de repartir cuidadoso la gracia admirable que le dieron, a fin de que se aprovechen de ella únicamente los más necesitados. El, mirando al rostro a los enfermos, comprende en seguida quiénes están en trance de morir y quiénes pueden aguardar algún tiempo sin peligro. Por eso elige sin preguntar síntomas.

A Bujaraloz van tísicos, paralíticos, tullidos, cancerosos, arrastrándose por los caminos cuando no pueden pagar un carro o un automóvil. Sus lastimosas caravanas asombraron e indignaron, esta primavera, a los habitantes del pueblo. Ya las reciben con agrado. ¿Es que creen en el extraño curandero? Quizá. Y también que han visto en la afluencia, un negocio en perspectiva.

* * *

En Zaragoza piden a las autoridades que intervengan. Es verdad que Gaudencio no cobra, que es un iluminado generoso y convencido, todo buena fe, un visionario que tiene éxtasis y que, cuando está en la carretera partiendo piedra, se queda de pronto inmóvil, las manos en el mango de su martillo de picapedrero, contemplando a lo lejos algo invisible para todos y que él ve con sus ojos brillantes.

Pero se jacta de disfrutar de una gracia ultraterrena, de un poder extranatural, y los que sufren y desesperan acuden a él y creen sus palabras y siguen sus consejos extraños.

¿Simulación? No. Algo más sencillo y más grande a la vez. La triste humanidad que padece, que se siente atormentada por el dolor físico, y a quien la ciencia austera rechaza y condena al sufrimiento y a la muerte, no se resigna. ¿Cómo se resignaría? Mientras hay vida, por amarga, por dura, por penosa que sea esta vida, se puede aguardar un cambio, una rectificación de la naturaleza, algo milagroso que liberte del daño, que haga revivir el organismo agotado y moribundo. Confusamente, los enfermos desahuciados, ya ignorantes, bien adoctrinados por el estudio en un escepticismo irónico, creen en la virtud regeneradora de las fuerzas misteriosas que nos envuelven y que se hallan también dentro de nosotros mismos. Esa creencia, que desafía las certidumbres, porque está en lo subconsciente, labra las rápidas famas de todos los Gaudencios que fueron y son en el mundo.

Porque somos, ¡ay!, débiles, lamentablemente débiles, no sólo ante el microbio, sino ante el miedo de lo desconocido...

FABIAN VIDAL.

Ella.—No puedo más, me fatiga el "charleston".
El.—Lo peor de él, són las primeras 18 horas.

La suerte de Francia

Fluctuando entre la solución y el abismo, Francia vive actualmente horas de angustia. Tan pronto se vislumbra una esperanza como se muestra, certera e indestructible, una nueva interrogación. ¿Dónde va Francia? ¿Dónde va lo que con Francia significa?

Porque es error separar la vida de Francia de la de una serie de complejos y nutridos aspectos. La vida de Rusia y de Italia tienen igualmente, por encima de su trascendencia nacional, una mayor y más amplia que arraiga, poderosa y significativa, en las tierras más lejanas y diferentes. En la actualidad se están realizando nacionales ensayos y, tanto como la suerte de una nación, importa lo que en ella se experimenta.

Mas es imposible distinguir, para los que encontramos en la historia y en el presente de Francia motivos de profunda y creciente simpatía, lo que es nacional conflicto y lo que se trata de universal ensayo. La suerte de Francia es, aparte sus repercusiones en diversos órdenes, lo que más interesa. Se la ve balancearse como una embarcación magnífica en alta mar; y aunque de su fortaleza y orientación inteligente estamos seguros, sus retrocesos y titubeos inspiran íntima y dolorosa inquietud.

Sálvese Francia. Y sálvese también — antes lo hemos escrito — aquello — tan importante y sustancial — que Francia significa.

El poeta y el tartufismo

En Roma se está debatiendo apasionadamente la moralidad de la obra d'annunziana. Los tartufos italianos, tan fraternos de los españoles en sectarismo e insensibilidad estética, alzan su escandalizada protesta contra el autor de "El fuego" y de "El placer", arguyendo que la obra del estupendo príncipe de Monte Niyoso ha sido condenada por las altas autoridades eclesiásticas. Pero los fascistas responden que D'Annuncio fué durante la gran guerra uno de los protagonistas de la Victoria y un artista extraordinario. "Un hombre así no puede ser inmoral."

El divino Gabriel fué uno de los protagonistas del Triunfo. Estas palabras tienen una luminosa serenidad clásica, y son bellas como la plasticidad de un friso. El hombre que fué el genio de su nación, ofrendándola la luz de su espíritu en sus estrofas y su propia sangre en el horror de la guerra; el que arrojaba las proclamas de paz, como blancas palomas, sobre la estupefacta Viena, tiene derecho a que su país no le regatee los laureles. D'Annuncio es un hombre de excepción. Su obra y su vida constituyen el ejemplo de lo extraordinario, de lo heroico y de lo bello. "El peligro es el eje de la vida sublime", exclamaba, enhiesto en la cumbre de la más cruenta lucha que aterró a la Humanidad, entre la bárbara sinfonía de la metralla. Cuando esto decía, las balas ya habían mutilado su rostro donjuanesco, tan dulcemente amado por Eleonora Duse. Rubricada con su propia sangre la frase d'annunziana, ondea como un avión heroico y sublime, bajo el sol de Italia, sobre la perspectiva de la Ciudad Eterna.

Pero los mojigatos de todas partes tienen los oídos tapiados para la armonía y los ojos ciegos para la luz de la belleza. Nosotros no tenemos ahora, por desgracia, una figura literaria como D'Annunzio. Tuvimos al gran señor del Arte, don Francisco de Goya, y su "Maja desnuda" anduvo perseguida por el fiscal de la Inquisición, y se salvó de la quema porque los dioses velaron por la salvación de su eterna Gracia. Los moralistas rabiosos de Italia son buenos hijos espirituales de aquel censor inquisitorial. El zopenco intransigente y gazmoño es de todas las naciones y de todas las edades. Y así como el perseguidor goyesco, esas altas autoridades que condenaron la obra de D'Annunzio son tan irresponsables estéticamente que no comprenden que se deshonran ante la Posteridad por un cerril espíritu de secta.

"Un hombre así no puede ser inmoral", han dicho los partidarios de Mussolini. Han hablado como buenos italianos, hijos de la tierra dorada por la inmortalidad del Arte.

"Emma Borvary", que escandalizó a la gazmoñería de su tiempo, vive aún porque está más allá de todas las conveniencias llamadas morales, que se alteran fundamentalmente en las evoluciones de la vida social. Lo que se llama la moral, la que persiguió a Goya, a Flaubert y D'Annunzio, es un concepto relativo y transitorio, mientras que la obra de Arte es inmutable. Benavente ha dicho: "En literatura, lo único inmoral es lo feo."

Pero esa moral ¿es la alta ética del espíritu que debe ser nuestro lazarillo luminoso en las encrucijadas de la vida? Mucho me temo que sólo sea una carátula de moral, el antifaz de Tartufo, para bien parecer en la comedia de las apariencias públicas.

Si analizamos la obra completa de los grandes novelistas del pasado siglo — que fué la época de oro de la novela —, veremos que precisamente por la fuerte vaharada de viva humanidad que exhalan no pueden merecer sino la condenación de esa crítica pudibunda y espantadiza, que intenta amputar las grandes pasiones y convertir la literatura en una amerengada Arcadia burguesa. Ni Zola, ni Flaubert, ni Galdós, ni Balzac, entre otros grandes nombres... ¿Habrá que repetir que "la novela es un espejo al borde de un camino"? Verdaderamente, esa crítica cerril suprimiría con gusto el arte de la novela, por lo que tiene de vital representación y por el espectáculo del amor entre los dos sexos, que es el nefando "ritornello" de toda la literatura universal. A D'Annunzio se le acusa, principalmente, de ser un pornógrafo. ¿Y nada más? ¡Qué poca alma y qué menguada imaginación poseen las altas autoridades y la trafila de folicularios que se oponen a que Italia rinda un homenaje triunfal al poeta y al ciudadano que representa el protagonista de la Victoria!

EMILIO CARRERE.

Lea usted:
EL ESCANDALO

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

¿Por qué los escritores se casan con extranjeras?

El amor en Francia. — El amor en España

Francia es el país de la mujer. En todas partes triunfa el espíritu femenino, y si echamos una mirada a la historia, veremos que, en momentos patéticos, cuando la libertad peligraba, fueron mujeres las que encarnaron el ideal de salvación: Santa Genoveva y Juana de Arco. La primera, por el año 500, atajó a los bárbaros; la segunda, en 1430, salvó al país de la invasión inglesa, permitiendo la consagración de Carlos VII, en Reims.

Durante la Revolución, una mujer tomó una mañana la diligencia, desde su casita donde vivía, para ir a matar al tirano Marat, vengando así a los girondinos.

Las mujeres francesas tienen influencia decisiva en la historia. Ellas reaccionan por la política, lo cual valdría decir por la posteridad.

En general, la mujer, no piensa en la posteridad. Por eso nos inclinamos ante el espíritu superior de la francesa. Oscar Wilde escribía que la mujer es el triunfo de la materia sobre el espíritu. Esto significa que ama demasiado la vida, la materia que ella renueva en su ánfora.

En esa misma mañana, cuando Charlotte Corday tomaba la diligencia para matar a Marat, las mujeres de otras tierras estarían desabrochándose el jubón para hacer la transfusión de su vitalidad.

En España, que en este sentido es totalmente diferente de Francia, la mujer vibra por el sentimiento de la familia, pero muy pocas veces por la política o posteridad. La española considera como una calamidad a las mujeres que intervienen en los asuntos que ellas consideran del exclusivo dominio de los hombres. En España creen que el rol de la mujer es puramente casero. Esto ha conservado la pureza de costumbres y la bondad del pueblo.

Porque yo no creo que un sistema social sea superior al otro. No hago más que constatar hechos, indicando las ventajas que, a mi parecer, tiene cada sistema. Si el concepto del rol de la mujer en España ha permitido la conservación del hogar puro y sobrio, en cambio, la ausencia femenina en los debates sociales ha sido lamentable para el progreso cultural del país.

Existe un dicho popular para indicar la condición pasiva, sumisa, del sexo femenino. "La mujer he de estar metídica en carnes y metídica en casa..." La mujer es gruesa, porque la crasitud es signo de paz, de sedentarismo.

Si en Francia la mujer toma ciertas iniciativas para provocar el amor, en cambio, en España todo el trabajo incumbe al hombre. No hay más que recordar la forma cómo nos miran en la calle las mujeres de uno y otro país. La española pasa como una Venus mecánica, con sus andares provocativos, pero sin iniciativa, enteramente a merced del piropo. Ni se vuelve, ni responde. Espera siempre al hombre para que lo decida todo. Espera que la sigan enormemente, que la escriban, que la esperen, que la dominen todo lo más posible. El noviazgo necesita trabajos de catapulta. El novio tiene que disponer de un tiempo infinito. Por eso España fué siempre la tierra de los conquistadores de oficio. Don Juan era un hombre ocioso, rico y desaprensivo. Las mujeres se dejaban raptar por él como una fatalidad. ¿Qué pueden contra él, cuando las persigue, las escribe, las acecha? El sentido bíblico de la mujer es obedecer al hombre.

El momento más voluptuoso para una española enamorada es aquél cuando el hombre toma posesión de su espíritu, ordenándola hacer una cosa, imponiéndola su voluntad:

—Ese vestido está muy corto. Quiero que, o lo alargues, o no te lo pongas.

La novia queda encantada y no se pone más esa prenda. Ya no se pertenece a sí misma. Ha pasado a ser **novia**, con todo el significado de dulce esclavitud que tiene en estas tierras semi-sarracenas.

Cuando una española se enfada con el pretendiente, le dice esta frase, llena de sugestiones:

— Tú, no mandas en mí.

En cambio, en Francia, el amor es una gran camaradería.

El amor es cuestión de **piel**, dicen en Francia. **Question de peau.** Dos personas que se sienten atraídas físicamente de manera irresistible. ¡He aquí el amor! Pero en Francia no entra nlas dominaciones, supremacías e imposiciones.

La española se resiste a cortarse el pelo y a fumar cigarrillos. La mujer no se ha hecho para eso. Las extranjeras que van a turbar la armonía de la vida española, reciben el despectivo dictado de "marimachos". La mujer para la casita, a cuidar los crios, a remendar calcetines y preparar el coc'do del hombre.

La mujer figura algunas veces en la historia española, con una gran dignidad, saturada de femenil grandeza, pero solamente una vez en rol decisivo y fulgurante: Isabel la Católica. Si examinamos detenidamente la actitud de esta soberana llena de bondades, llegaremos a la conclusión de que no escapó a la ley nacional que manda sumisión y acato a la mentalidad masculina. En esto se diferencia esencialmente Isabel de las mujeres francesas ante la historia.

Santa Genoveva, Juana de Arco, Carlota Corday, obran con avasalladora entereza viril. Isabel la Católica obra como mujer española. En el momento decisivo del auge español, cae vencida por el sacerdote.

Cuando su alma superior y vidente se resiste a expulsar a los judíos, cuando ha recibido un obsequio de 30,000 ducados de un prominente hebreo, llega el genio de la Inquisición, y, con una frase hueca, hace obedecer a su soberana:

—"Judas vendió a Nuestro Señor Jesucristo por treinta dineros, y ahora Su Majestad quiere venderlo por treinta mil ducados."

La frase, vibrante y vacía como cohete, hizo mella en el bondadoso corazón de la soberana, que firmó el decreto. De esta manera obedeció a Torquemada. En la epopeya del descubrimiento ella se nos muestra igualmente femenina; cree en la videncia apasionada de Cristobal Colón; le ayuda con todas sus fuerzas.

Agustina de Zaragoza, o de Arogón, fué vehemente intrépida por un sentimiento de familia, cuando vió a su novio muerto y a su patria arrasada por el invasor extranjero. En las majas, que el año 1810 acuchillaban coraceros en Madrid, el sentimiento de patria se confunde con la pasión mucho más íntima del hogar. Son terribles cuando ven caer a sus maridos, a sus novios, cuando en sus arrasadas casas peligran sus hijos.

En Francia, la mujer interviene en forma constante y amplia en la política. En todo el curso de la historia francesa, la mujer aparece asumiendo una responsabilidad considerable. En la Revolución funcionaba la guillotina indiferentemente para hombres y mujeres.

Aparte de las mujeres resplandecientes de la libertad, podemos citar una legión de ellas con influencia decisiva en la historia de Francia, tales como las favoritas reales: la Pompadous, la Dubarry; o las intelectuales, como Madame de Sevigné, la Recamier, etc. En el prólogo de la guerra europea, aparece Madame Caillaux matando a un periodista en defensa de la vida pública de su marido. ¿Sería posible un acto así en la vida española?

En la actualidad, algunas artistas de renombre tienen tal influencia en la vida francesa que podríamos compararlas, guardando todas las proporciones, con las antiguas favoritas de los monarcas.

Basta vivir algún tiempo en París para sorprender aspectos de la vida social, donde la mujer impera como en parte alguna de la tierra. La mujer francesa no tiene edad; su actividad es eterna. Algunas veces, maquilladas y compuestas, haciendo vida de salones hasta los ochenta años. Aún las mujeres extranjeras, como María Antonieta, la condesa de Castiglione y Eugenia de Montijo, contagiadas por el ambiente, desarrollan actividades políticas de grande envergadura.

A cada instante encontramos por las calles, salones o teatros de París, mujeres con una expresión que no estamos acostumbrados a ver en otras partes, con un sello indefinible de dominación, de seguridad en sí mismas.

Además de sus iniciativas de grande envergadura en política y sociedad, la mujer francesa define sus preferencias de manera fulgurante, suavizando los trabajos de Cupido. No está demás recordar a aquel profesor chileno amigo, que, a los cuarenta años, fué a escuchar en París esta frase:

—¡Qué hermosa cabeza tiene ese hombre!

Se lo dijeron dos chiquillas en un teatro. En cuarenta años de vida chilena, no se había dado cuenta de que tenía una hermosa cabeza.

A todas las regiones del mundo los hombres llevan la fama de París en esos recuerdos embriagadores. Como el profesor chileno, el gran artista japonés Foujita recuerda que, recién llegado a París, una mujer le dijo en la calle:

— Comme il est mignon!

Corrió entonces a su hotel, repitiéndose la palabra "mignon", y se lanzó al diccionario para ver su significado. Nunca, ni las sonrisas melosas de las "musmés" de ojos oblicuos, le produjeron tanta impresión.

En España, la mujer, un poco obesa, de miembros cortos y torneados, se exhibe generalmente en un carácter familiar, patriarcal. Es la mujer para estar sentada. Aún en los teatros las vemos con sus crios. En un café, en un paseo, la española no desdeña realizar el acto de comunicar su exuberante vitalidad, entregando el pecho al fruto de su vientre.

De las dos maneras que esbozo, yo no sabría cuál es la mejor, porque la una da a la vida, en general, una dulzura insólita que, en Francia, trascendió en la "politesse"; la otra manera arraiga las virtudes inmanentes del hogar en su concepto más noble: la maternidad conserva su sentido de ánfora.

En Francia los sexos viven en agradable fraternidad de todos los instantes. En España existe separación sexual, porque la mujer se parapeta en sus atribuciones, se mantiene mujer hasta la exaltación. Por eso también el hombre es más apasionado y taciturno. Sus deseos se concentran, se acumulan y exacerban. El piropo es el estallido del deseo almacenado.

De esta manera, el intelectual no representa para la mujer el prototipo masculino, constante, decidido, atropellador. El intelectual, contemplativo, tiende a vivir al margen de la vida sexual. Me hacían notar en España cómo la mayoría de los escritores son solitarios, o fracasados, o casan con extranjeras. El pobre Andrés González Blanco, contando sus reveses amorosos, recordaba que Menéndez Pelayo fracasó en el amor; el gran Canalejas casó con su lavandera, y Cambó, en todo su auge de político y publicista, buscaba aventuras por el Paralelo...

Como un documento exacto vamos a exhibir aquí una lista de escritores españoles modernos, casados con extranjeras: Araquistain, con alemana; Pedroso, íd.; del Vayo, con suiza; Juan Ramón Giménez, con norteamericana; Ramón Pérez de Ayala, íd.; Manuel Abril, con alemana; Jiménez Caballero, con italiana; Ramiro Maeztu, con inglesa; Vázquez Díaz, con dinamarquesa; Maroto, con mexicana; Ortiz Echagüe, con holandesa; Noel, con cubana; Blasco Ibáñez, casado en segundas, con chilena; Guillermo de Torre, contraerá matrimonio en breve, con argentina. Esto aparte de los escritores fracasados sexualmente, como Pío Baroja, Jacinto Benavente, Antonio de Hoyos, etc.

Yo me atrevo a decir estas y otras cosas de España porque tengo años de experiencia española, y más que eso, tengo una parte del corazón plantado como un pino chileno en el paisaje goyesco de Madrid. Me place recordar aquí la frase que escribió Dumas cuando le llamaron calumniador de España: "Los españoles creen reconocer en mí, y cuando digo en mí, digo en mis obras, un no sé qué de castellano que les acaricia agradablemente el corazón."

En Francia la mujer decidida sabe iniciar el amor; prepara el camino, y de esta manera la vida es más simple y amable para quienes no tienen tiempo que perder en democliciones de resistencias que a veces duran muchos años. Es triste que los conquistadores de oficio, mentalidades primitivas, se lleven las mejores rosas del jardín.

Francia es el país de la mujer superior, es decir, fácil, por cuanto la superioridad implica protección y tolerancia. Eso es la francesa, protectora del hombre.

Francia da la moda femenina, como Inglaterra dà la masculina. Los científicos alemanes llamaban a Francia, con tono algo despectivo: "Damen Nation." Sin embargo, los seres sensibles nos sentimos impelidos a París, con la torre Eiffel, que es su nariz respingada y la cúpula del "Sacré Coeur", corona de Emperatriz de la tierra.

EDWARDS BELLO.

Secuestrada durante doce años en un establo por su padre, su madre y su cuñado

En una granja de esta localidad ha sido descubierto, por la confidencia de una criada, un caso monstruoso de impiedad humana. La señorita Ana María Lee Crenn, que cuenta ahora veintiocho años, ha vivido desde los diez y seis secuestrada por su familia, en un establo de la casa. No se la permitía salir ni al corral de la granja, y sus únicos vestidos eran los que llevaba encima hace doce años, cuando empezaron sus torturas. Solamente comía las sobras de los demás, y ésto después de haber alimentado a los animales domésticos, en cuya convivencia ha estado la desventurada muchacha.

Cuando Ana María caía enferma y se quejaba, su padre, su hermana y el marido de ésta la golpeaban hasta hacerla callar, y en invierno, mientras ellos se congregaban en torno a la mesa familiar, la pobre joven tenía que abrigarse con el estiércol de su pocilga para no perecer de frío.

Interrogados por el juez, los criminales parientes han demostrado en sus declaraciones que no concedían la menor importancia a lo sucedido, justificando su crimen por la carestía de la vida y la ineptitud de la secuestrada para ayudar en los trabajos de la granja.

Cuando se hizo cargo la justicia de Ana María, pudo comprobarse que por un verdadero milagro no ha muerto, pues las condiciones de su yacija no pueden ser más espantosas. Estaba desnuda por completo, ennegrecida la piel, que tiene materialmente pegada a los huesos. Apenas puede tenerse en pie, acostumbrada como se halla a vivir forzosamente tendida por la escasa altura de su inmundo cobijo, y casi ha perdido el uso de la palabra.

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

CRITICA Y COMENTARIOS

En el país de los soviets

Impresiones de un eclesiástico católico

Un religioso católico, que recientemente ha recorrido Rusia en todas direcciones, con autorización facilitada por los Soviets, a su regreso ha comunicado sus impresiones relativas a dicho viaje. Un corresponsal de nuestro fraternal colega "Le Peuple", de Bruselas, ha tenido ocasión de hablar con dicho sacerdote, el cual ha manifestado lo siguiente:

Restablecimiento de la propiedad privada y del derecho de herencia

Entre las personalidades que tenían la más grande influencia sobre la opinión se hallaba Lenín. Su esposa le ha sobrevivido, y ella representa todavía un papel esencial, ya que asiduamente toma parte en los Consejos directivos rusos.

Se dijo el año último que nuevas tendencias dividían al Gobierno de los Soviets y que la mujer de Lenín se había marchado al extranjero. Ello no tuvo importancia ninguna, y la influencia de la viuda de Lenín no ha disminuido, pues la ejerce en el sentido de la doctrina absoluta, aun cuando Lenín ya había confesado su equivocación en cuanto a la parte económica de su obra y que ciertos comisarios se daban diariamente cuenta de que los puros principios son inadecuados para hacer vivir un estado de vida real. De ahí la necesidad para ellos de contar con el capital, a fin de poder disponer del dinero indispensable para las necesidades del Estado y de dar a las leyes la flexibilidad necesaria para provocar el ahorro y permitir, hasta cierto grado, el enriquecimiento y la transmisión de determinados bienes por herencia.

Curiosos carteles fijados en los muros de las ciudades representan a un hombre dormido y satisfecho, bajo el cual se lee: "Puede dormir porque ha confiado su capital al Estado." Este es un anuncio en favor de un empréstito interior que da el 7 por 100 de interés. Otro ejemplo: ha habido que estimular la construcción de viviendas, cosa que era verdaderamente indispensable; pero como no se construía por no tener la esperanza de conservar la propiedad del edificio, el Gobierno soviético ha concedido a los constructores el derecho de propiedad sobre los edificios durante cincuenta años. Pero como el que ha edificado su casa tiene el deseo también de dejarla a sus hijos, y como, por otra parte, la facultad de testar con arreglo a la ley actual no puede ejercerse más que dentro de los límites de 3.000 rublos, ha habido que reconocer, además, que es valedera toda declaración relativa a la propiedad en parte, en tanto que el resto de ella puede designarse a cualquier persona en concepto de copropietaria.

Sin embargo, si el Estado reconoce en cierta medida la propiedad y el enriquecimiento, no permite, en cambio, nada de lujo, y establece sanciones contra la exacción. Cuando un comerciante debidamente autorizado se ha enriquecido demasiado, el Estado llega a apoderarse de esa riqueza. Y si dicho comerciante, para evitar la confiscación, trata de adquirir propiedades en el extranjero o de comprar valores, es castigado severamente. Pero entonces, no pudiendo poner sus beneficios al abrigo de la ley, ni figurar como capitalista, no le queda más recurso que gastar lo que ha ganado; éste es el origen de esos gastos excesivos y de grosera suntuosidad que se observan todavía. Esto es también un obstáculo al adorno, del que el Gobierno saca tanto provecho, ya que impone retenciones sobre los salarios cuando no encuentra otro recurso.

Lo que ocurrirá en el próximo invierno

La situación económica no es muy brillante. Se prevé desde ahora que la población, en el curso del invierno próximo, va a ser sometida a tres duras pruebas. Una de ellas es la falta de vestidos. Todas las industrias textiles, así como todas las hilaturas, están paralizadas.

El agricultor tendrá aún sus pieles de cordero, pero carecerá de telas. Cierto es que entre los campesinos rusos todavía no están en mucho uso las telas; pero ¿y en las ciudades?

Viene después la falta de chanclos. Sabido es que el uso de este calzado está generalizado en Rusia, por hacerlo necesario la preservación de la salud por las humedades. Hasta ahora, los fabricantes de chanclos se defendieron con las existencias de caucho que había en los almacenes cuando la caída del régimen zarista; pero ya se han consumido y no se fabrica más.

Por último, la falta de combustible. Los Soviets venden la madera del Norte a Alemania, el carbón de la cuenca de Donetz a Francia; pero en Moscú, en abril último, carecían ya completamente de combustible hasta en las embajadas extranjeras.

El mijik teme el retorno al antiguo régimen

La población soportará, sin duda, estas duras pruebas, como ha soportado todas las demás, especialmente la espantosa hambre de 1923, que, según propia declaración de las estadísticas bolcheviques, alcanzó a 16 millones de habitantes de Rusia y descompuso profundamente el estado de la familia. Desde entonces, en efecto, por todas partes se encuentra a niños y personas de todas edades completamente abandonadas, ya porque han perdido a sus padres, ya porque éstos los han abandonado por no poder alimentarlos y no querer verlos sufrir tan horrorosamente.

Se puede decir de la población rusa que desde luego se ha "adaptado" al régimen comunista, no porque se crea satisfecha con ello, sino porque tiene la impresión de que puede sucederle algo peor.

El que quiera juzgar con acierto la situación de los mujiks, es decir, del 90 por 100 de la población rusa, no debe perder de vista, en efecto, que bajo el gobierno de los zares no se hallaban mejor que hoy.

El régimen zarista ofrecía externamente una situación más brillante y segura; pero sólo era en apariencia, pues en realidad, bajo la máscara de la Justicia y de la administración pública, se venía arruinando por graves vicios y corrupciones que le llevaron finalmente al hundimiento catastrófico; y de todo ello ha sido el pueblo humilde quien ha pagado las consecuencias terribles.

Hoy los campesinos rusos saben lo que quieren — especialmente la posesión de la tierra —, y viven mucho mejor materialmente. Por eso no desean un cambio al antiguo régimen, sobre todo si con ello podían volver los emigrados, a los que no quieren a ningún precio.

El materialismo del alto clero

Los sentimientos religiosos del pueblo son los mismos. Rusia ha estado siempre y está ahora fuertemente apegada a sus creencias, que están próximas al catolicismo. La diferencia se acentúa si pasamos del fiel al sacerdote, y se pronuncia aún más a medida que se remontan los grados de la jerarquía eclesiástica. El valor moral del clero disminuye en proporción a la importancia de sus funciones; y si se ve descender a un pueblo religioso, se encuentran elevados los obispos de tendencias protestantes o completamente agnósticas, casi siempre preocupados de sus particulares intereses, lejos del dogma, entregados a querellas y rivalidades personales. En la religión ortodoxa, al contrario de lo que ocurre en la católica, no existe más que un débil lazo entre los preceptos de fe y las prácticas de moral. Por consiguiente, la moral ha bajado mucho bajo la dictadura de los Soviets.

El matrimonio a destiempo

El matrimonio a destiempo, la rebaja a trece años de la edad en que la mujer puede legalmente contraer matrimonio, ha dado resultados deplorables desde el punto de vista fisiológico. La pubertad, legalmente fijada a los trece años, da pocas esposas a jóvenes de veintiuno y veinticinco años, autorizando en la mayoría de los casos a hombres de sesenta para contratar uniones pasajeras con niñas. Cuando estas jóvenes son madres, dan al mundo niños cuyo cerebro no es susceptible de desenvolvimiento, y el parto precoz constituye para ellas una prueba física de tal importancia, que más o menos pronto pierden la vida. Los consejos han debido reaccionar no autorizando a las mujeres para casarse hasta la edad de quince años, salvo excepciones.

El régimen soviético, ¿está consolidado?

Si la población se ha "adaptado" al régimen, esto no quiere decir, sin embargo, que al abrigo de esta adaptación el régimen esté fuera de peligros y consolidado. Por otra parte, en Rusia todo es posible, aunque con la centralización de Moscú, por un lado, y la distancia que paraliza a la periferia, los movimientos que quisieran reunirse contra la capital no se conciban en este momento para derribar al Gobierno por la violencia. En realidad el zar no pudo ser depuesto, porque estaba alejado de la capital. Separado del Gobierno y alcanzado, el bloque aristocrático se había debilitado. Se podía atacar por todos lados a la vez. En Petersburgo, sede del Gobierno de Pskow, donde la monarquía era prisionera del gran cuartel y donde se encontraba la cabeza del ejército. Sin esta circunstancia la autocracia habría reaccionado, y la Revolución habría tomado otro camino.

Rojo y negro

El Gobierno de los Soviets, como cualquier Gobierno burgués, ha encontrado una oposición más avanzada que quiere suplantarlo: los anarquistas. La bandera negra contra la bandera roja. Estos anarquistas se han organizado en toda Rusia más o menos abiertamente. Sus bandas maniobran como tropas regulares. Se ha visto el año último, durante algunos días, la ciudad de Kiew tomada y vuelta a tomar por rojos y negros. Estos anarquistas se entregan también a empresas de pillaje, sabiamente organizadas y combaten encarnizadamente, acusándolos de estar sostenidos materialmente por fondos de propaganda antibolchevique, en alianza con los emigrados.

La gaita sentimental

Madrid, Verbena del Carmen. Está amaneciendo; ya en la cúpula negra del cielo, se deslíe la fatiga azul del alba. Hace calor. Y, lejana, escondida, idealizada por la romántica poesía de su misterio, una gaita suena...

¡Gaita sentimental! Es, el de ahora, ese momento de reposo — luz de amanecer sobre el cielo negro — en que la gran hoguera de la verbena va apagando, poco a poco, sus fuegos. La verbena, fiesta del ruido, se queda sin voz en esta hora de tránsito. Enmudecieron ya, los pregoneros tenaces de las "rifas", los vendedores de baratijas humildes, las ingenuas y alegres orquestinas — ¡románticos "valses" de ayer, melancólicas "mazurkas" de otrora! — de los "tíos vivos" cantados por Baroja... La verbena tiene ahora, bajo la niebla pálida del amanecer que se inicia, un alma de silencio y de reposo. Y es en este momento cuando, lejana, escondida, idealizada por la vaga poesía de su misterio, una gaita suena...

¡Gaita sentimental, gaita soñadora, que hemos escuchado tantas veces allá, en Asturias, empapando de sollozante nostalgia las paredes leprosas de aquel "chigre" de la niña rubia de Cancienes!... ¡Gaita melodiosa, gaita-poeta de los amaneceres amatista en el ferrocarril sucio del Cantábrico, camino de la sonrisa de Ribadesella!... ¡Gaita embrupadora de los "puertucos" de estampa romántica, con su malecón flecado de algas, con sus redes tendidas al sol, con sus embarcaciones primitivas en que hace risueño y llevadero el milenario peligro del mar!... Anoche, gaita sentimental, vieja gaita de Asturias, volviste a sonar para regalo de nuestro corazón... En la verbena madrileña, lejos de los "vallines" humedecidos por la terca lluvia del "orvallo", tú, lejana, escondida, idealizada por la vaga poesía de su misterio, cantabas, cantabas... ¡vieja gaita de Asturias!...

¿Por qué el gemido de la gaita — como la música del acordeón, como el largo y ululante silbido de los trenes que se van — despierta los pequeños instintos aventureros que duermen en nosotros, en nuestra alma burguesa de hombres de la ciudad?... Quizás ocurra de tal suerte, porque donde escuchamos con más frecuencia el tal gemido es en Asturias, y allí todo — los ríos, los senderos, los espíritus — es un camino hacia el mar... El mar, ruta máxima, supremo viaje sazonado con todas las sales de la aventura... A orillas del mar, en los "puertucos" de estampa romántica — Santa María del Mar, Cudillero, Piedras Blancas —, el gemido de la gaita está colmado de incitaciones viajeras... En la tierra, en las bárbaras fiestas romeras, bajo los floridos manzanos que ha copiado Evaristo Valle, la gaita no suena lo mismo que junto al mar. Suena, y su sonido es como un simple cañamazo sobre el que los mozos y las mozas de la Pola bordan — idealmente — las rosas venerables de la "danza prima". Pero aquí, junto al mar, sobre las rocas en que se desfleca y se muere la cándida espuma de las aguas, el gemido de la gaita adquiere esa fresca voz de aventura, esa sirenaica invitación al viaje que tienen las sirenas de los barcos que se van...

Pero no nos vamos. Nos quedamos. Acaso, nos quedaremos siempre. ¡Dolor de ser hombres-rocas, y no hombres-ríos!... Vegetamos, vegetamos pensando en los caminos que no verán nunca nuestros ojos. Y menos mal que de vez en vez, algo — ¡esta gaita sentimental de la verbena madrileña! — viene a remover, románticamente, los posos divinos que no quisiéramos hallar nunca dormidos en nuestro corazón...

JOSE LUIS SALADO.

SONETO

Llevabas con donaire la sombrilla
de seda azul con rosas escarlata,
y hollaba la negruzca escalinata
el tacón de tu arqueada zapatilla.

Envolviste en tu cuello la mantilla,
y al suspender el ruedo de tu bota
dejaste ver el ceñidor de plata
que aprisiona tu mórbida rodilla.

Entonces en tu faz, llena de enojos,
hubo un florecimiento de sonrojos,
y pudorosa, aligeraste el paso.

Mientras que yo, mirándote de hinojos,
sentí que se agitó sobre mis ojos
tu fina enagua de crujiente raso.

LEOPOLDO LUGONES.

TERRIBLE IMPRESION DE UN VIAJE

MANOS QUE TIEMBLAN

POR

ROMILDA MAYER

—"Mi pensamiento era fijo, alucinante, terrible: era la tortura continua de la persecución viviente que había revestido una forma maligna para robarme la paz, la razón, todo.

No penséis que sea víctima de una de las tantas manías que germinan en el espíritu de los hombres intelectuales. No creáis tampoco en la historia que explica mi médico: que tengo una enfermedad cerebral que fué común a varias generaciones de mi familia. En una palabra: loco. No es posible—vosotros me lo concederéis, ¿no es cierto?—que un loco pueda repetir a todos la misma cosa, el mismo suceso, con los mismos detalles, sin variar nunca.

Si el hecho no ohubiese realmente sucedido, ¿cómo podría un loco—esto es, un ser que no tiene el uso de la razón—inventar ciertos detalles y revivir, recordándola, alguna impresión que sólo realidad pudo dar?

Creedme, no soy ni un loco ni un maniático. Yo he sufrido, es verdad, una grave enfermedad nerviosa; pero esa—de la que me curó completamente el doctor Sxx—no sólo no me ha procurado ningún fastidio, sino que ha dado a mi sensibilidad una sutileza extraordinaria, que me permite analizar toda impresión.

Yo, por ejemplo, adivino, siento, ahora, con toda precisión, el movimiento de vuestro cerebro que se esfuerza, en *no querer* anticipadamente creer en el hecho que os voy a contar.

Pues bien, yo os juro que si después de haber terminado os obstináis aún en creerme loco, me haré conducir por fuerza al primer manicomio de la ciudad. Para permanecer allí toda la vida".

El auditorio, compuesto de jóvenes escépticos, poco dispuestos a escuchar cualquiera explicación de un energúmeno, empezó a dar muestras de impaciencia, como si una ráfaga de viento impetuoso hubiese pasado por encima de sus cabezas.

Alguno empezaba a marcharse. Pero algún otro—el buen corazón y la delicadeza de sentimientos, se encuentran en todos los ambientes—lo impidió con un susurro significativo. Fué que había tenido lástima de la expresión de infinita pena, de intensa amargura, que aparecía en el semblante del desgraciado.

Al fin se hizo el silencio.

—"No es ya para procurarme un alivio, mis buenos amigos, que os recuerdo— como una de las cosas que tendrán mayor importancia en la exposición de los hechos—la bondad absoluta de mi carácter. Estoy perfectamente convencido de ser bueno. A veces llego a ser *demasiado* bueno, esto es, estúpido. ¿Cuántas veces no ha probado alguno de vosotros por todos los medios, de reducir a polvo esta bondad mia de perro, de vil, de esclavo? Mirad, las lágrimas brotan de mis joso, internamente: lo sentís en mi voz, ¿no es verdad? ¡Un hombre que llora! ¡Un hombre que sabe solamente ser bueno y que llora, vamos!... ¡es ridículo!

Pero si me conmuevo, queridos amigos, si lloro, no os preocupéis. Nunca sé recordar el mal que me hacen los otros, los que son menos buenos que yo.

Ahora que estoy más tranquilo, continúo; mejor dicho, empiezo.

El año pasado, si lo recordáis, mi salud estaba muy quebrantada a causa de una grave enfermedad nerviosa sufrida; y el médico, asegurándome que estaba completamente curado, me aconsejó de ir una temporada al mar, en compañía, si era posible, de amigos, para devolver al cuerpo su primitivo vigor. Distracción y aire puro contribuirían a acelerar mi convalecencia—me ordenó el médico—."Mucha distracción; buscad amigos, hablad mucho, pasead, haced música; pero no escribáis ni una dirección, ni fantaseéis por poeta que seáis".

Bien. Yo escogí para este reposo obligatorio una playa pequeña, animada sólo por la gente del lugar, pescadores, pensando que no tendría suficiente valor para presentarme, para presentar mi pobre y tímido "yo", en una de las elegantes playas modernas, donde se ofrece el te, donde se viste pijama para la siesta, y se viste de etiqueta para las visitas. La playa escogida ofrecía en verdad suficientes motivos de distracción. Un magnífico y sugestivo cuadro marino para pintar; personas con quienes estar todo el día; y ¿por qué no? con las que hablar de tantos temas como me pasasen por la mente. Porque aquellas que se forman en el cerebro sin razón no son—sabedlo—sólo cosas sin sentido; al menos yo he hecho muchas veces la prueba. Por ejemplo, un pensamiento rápido os atraviesa la mente; guardáis una tenuísima, una casi imperceptible señal. Parece que no baste: pues no es verdad. Bastaría para llenar un mar enjuto, si el mar pudiese poblarse de ideas, de imágenes, al igual que lo está de ondas.

Y este fragmento de idea que es como un trozo de vidrio tocado por un rayo de sol, si lográis cogerlo y subyugarlo al engranaje grandioso del cerebro (las famosas circunvalaciones cerebrales, que dicen los *doctos*), se transforman muy pronto en un puro diamante perfectamente tallado, que refleja millones y millones de otros rayos solares, es decir de otras tantas imágenes.

Es esto un goce de una intensidad magnífica: ¿quién de vosotros que no sea poeta, que no sea artista, que no sea visionario, no lo ha probado?

Y bien. Yo pensaba que hubiese usufructuado cumplidamente este privilegio que mi aguda sensibilidad me había legado siempre, y esto me bastaba.

Pero mirad, la mala estrella que me ha perseguido siempre con su influjo maligno, me hizo encontrar en el tren directo a Bxx, con un hombre que aparentaba unos cuarenta años, de cara vulgar, de maneras exageradamente correctas. Su expresión de conjunto era tremendamente falsa, exasperante: yo sentía un no sé qué de inquietante invadirme el cuerpo, a la vista del desconocido, que se había sentado frente a mí, mirando por la ventanilla la carrera vertiginosa de los árboles y casitas campestres.

La impresión instantánea (he pensado muchas veces, *después*, que nuestro yo psíquico no es otra cosa que una placa fotográfica, más o menos sensible, dispuesta a recibir las impresiones externas), fué, como digo, tremenda y precisa. Precisa como el susto que precede al instante inmediato del peligro. Y yo esperaba, preso de una nerviosidad inquietante, que el peligro presentido se manifestase.

El hombre, cansado, dejó caer la cortina que sostenía para mirar el paisaje y clavó sus ojos en los míos. No, digo mal, era uno sólo, el ojo que me miró insistentemente. El otro ojo parecía huirme: era de un color levemente oscuro, más bien dulce de expresión, inocente casi. ¡Pero el otro! ¿cómo podré describirlo a vuestra curiosidad? No sé deciros con precisión si me causaba más temor que repugnancia, pero lo cierto es que me sentía agitado, como atacado por una fiebre misteriosa. Bajé la mirada y fingí sumergirme en la lectura de un periódico. El otro no se movía ni un milímetro; continuaba fijando sobre mí su ojo terrible, y a través de la hoja, yo lo sentía y lo veía. Nada más torturante para mí que aquel viaje de casi cinco horas. Esperaba con ansia febril que el desconocido bajase a la próxima estación, para no verlo nunca más. Nada de eso.

El ojo maligno y misterioso (tomaba para mí el aspecto de un guardián que vigilase todos mis movimientos) parecía complacerse en mi tormento, lanzando ondas de flúido maléfico que mis nervios recibían instantáneamente.

Para sustraerme a este inexplicable malestar, resolví entablar conversación con él: "Tal vez—pensaba yo—esto no es más que un mal sueño de mi fantasía sobreexcitada".

—Señor—dije con mi más amable sonrisa—¿soy indiscreto si le pido el fin de su viaje?, visto que estamos completamente solos y la conversación en el tren ayuda a pasar el tiempo...

"El" me miró curiosamente (siempre aquel mismo ojo maldito) y se sonrió un poco.

—Voy a la ventura. He tomado el tren por necesidad de hacer algo. Bajaré donde me plazca. ¿Y usted?

—Yo voy a Bxx. Una pequeña playa donde llegaré dentro de dos horas y media. Voy a curarme de una enfermedad nerviosa que tuve recientemente.

—¿De verdad?—me dijo el desconocido, con un interés que me sorprendió muchísimo. Y nuevamente encerróse en su anterior mutismo.

Pero yo, temeroso del silencio en el que tan sólo habría hablado aquel ojo fijo en mí, dije con vivacidad:

—¡Qué hermosa cosa la libertad! Hacer lo que a uno le pase por la mente, sin ponerse a razonar sobre su conveniencia... ¡Ah, cómo le envidio, señor!

—¿Usted me envidia? y cree en verdad que yo soy feliz disfrutando de esta libertad aparente. Si supiera usted lo que yo daría para no ser esclavo como soy del capricho que me lleva aquí y allá sin dejarme ni un momento de reposo... Soy esclavo de mí mismo y quisiera serlo sólo de mi voluntad. Parece lo mismo, ¿no es verdad?, pero no lo es...

—Y dígame—añadió después de haber dejado caer indolentemente esta última frase—¿cree usted posible la curación de una enfermedad nerviosa tal como la que ha sufrido usted?

—Yo, sí—dije sorprendido—; ¿por qué me lo pregunta?

—Por nada—dijo él con un tono seco que no admitía réplica.

Y se extendió con toda comodidad en el diván, dándome la espalda, sin siquiera decirme: "perdonad" o "buenas noches", lo que me consternó profundamente.

* * *

Mientras tanto, la noche había caído, fresca y mórbida, y aliviaba nuestras molestias de viajeros de un tren que no sabía decidirse a marchar con paso ligero. Parecía lleno de buena voluntad para llegar pronto a la meta; pero no era más que una vana tentativa.

He dicho que la noche ayudaba a aliviar nuestras molestias; me he equivocado. Si alguien halló en el reposo y en la frescura de la noche algún alivio a sus pesares, los míos aumentaron enormemente. Aquel desconocido se había convertido en el más grande estorbo de mi vida. ¿El o su ojo?

¿Era él quien daba a su ojo aquella expresión maligna, o era el ojo que dotado de esta extraña particularidad difundía por toda la personalidad de su dueño la diabólica constitución de que se componía?

No sabría decirlo. Pero prefiero continuar la historia sin divagaciones.

Durante la noche no logré descansar ni cinco minutos. Siempre, siempre aquel ojo sobre mí. Consultaba a cada momento el reloj: ansiaba la hora de la llegada.

El dormía: Si por casualidad se le ocurría la idea de bajar conmigo en Bxx—yo pensaba—el sueño se lo impediría.

Este pensamiento me daba un poco de tranquilidad. Mientras forjaba estas ilusiones, pensando en sustraerme de aquel malsano influjo, el individuo se despertó (o fingió despertarse) y me dijo con voz muy ágria:

—¿Sabe usted lo que pensaba? Que haría muy bien en ir a reposar a un lugar tranquilo, deliciosamente íntimo, como la playa de Bxx. Y, además, como usted me parece una persona simpática y distinguida, creo que podríamos hacernos compañía... ¿Qué le parece?

Yo debía estar pálido como un muerto; sentí temblarme las manos, los labios y las piernas. Toda la sangre afluyó por un momento a mi rostro para huir luego precipitadamente al corazón.

No sé lo que respondí, lo cierto es que después de dos minutos me encontré sin saber cómo, al otro lado de la reja de una estación que imagino debía ser la de Bxx.

Y pasados dos minutos más me di cuenta de que debajo de mi brazo pasaba el brazo seco y anguloso del desconocido: ¡de mi enemigo! Que hablaba y gesticulaba haciendo brillar como una insidiosa llama penetrante su mirada siniestra.

Mi debilidad y mi timdiez me impidieron rebelarme contra esta tortura que se me presentaba en una forma tan singular: así hice un esfuerzo tremendo para esconder mi sobresalto, para mostrarme desenvuelto y completamente indiferente.

La consecuencia inevitable de esta horrible ficción no tardó en presentarse. El desconocido, que se llamaba Aníbal Volterra, tomó alojamiento en el mismo albergue donde se me esperaba; así lo tuve de vecino día y noche, continuamente, en la mesa, en el paseo, y por la playa tranquila: se me mostraba exageradamente amigo, lleno de premura y ansia por mi salud. Y no se daba cuenta, el desgraciado, de que el único obstáculo para adquirirla era precisamente su persona.

Pasaron así dos meses. Dos meses durante los cuales mi vida fué peor que un infierno. Mi odio iba aumentando impetuoso, arrollador: me daba espasmos, deseos, ansia y sufrimientos. Como el amor. Hasta que no pude más. Si hubiese resistido o estaría muerto o hubiese enloquecido de verdad.

Y pensé librarme de esta pesadilla mortal. Lo ansiaba como la cosa más preciada: contaba los días, las horas, los minutos, como si hubiese ya fijado un término a mi decisión. Sí, confieso que en aquel periodo precedente al hecho que conocéis someramente era esclavo de una sobreexcitación enorme. Pero, ¿quién en mi lugar, no se hubiese encontrado en idénticas condiciones?

"El" no sospechaba nada absolutamente; continuaba con una espantosa hipocresía, a envolverme en la ola continua de su benevolencia, convencido de que yo era "suyo". Completamente suyo. Que podía desde entonces dominarme, subyugarme, para no sé qué misterioso fin.

Esta era mi angustia. ¿Qué quería de mí? ¿Dónde me conduciría?

A costa de lo que fuese—me había decidido—tenía que librarme de él para siempre.

Estudiaba mi plan, cada día y cada noche, sin cesar. Mientras él—extendido en la arena frente a mí—se sumergía en la contemplación del mar magnífico, yo iba componiendo el hecho, lo maduraba y refinaba con una complacencia inimaginable, gozando todos los detalles de la escena que veía desarrollarse delante mis ojos, avalorando todas las probabilidades de éxito.

* * *

Al llegar a esta última frase, el narrador calló un momento. Sacó un pañuelo del bolsillo y con la mano temblorosa se enjugó el sudor de la frente, dilatando los ojos como si se encontrase delante una pavorosa visión.

Un silencio emocionante circundaba al narrador y al auditorio; como si aquella sala de café se hubiese convertido en la cubierta de una nave sin timón en medio de un océano y todo el equipaje y los pasajeros se reuniera torno al timonel que escrutaba el horizonte, con la esperanza de encontrar otro navío salvador.

El numeroso grupo de jóvenes imberbes y de hombres maduros, escuchaba atentamente y, en aquel momento de suspensión de la narración, no osaba respirar.

El personaje principal de aquella escena, que empezaba a ser trágica, volvió a la realidad y vió en torno suyo las caras transformadas por la intensidad de la atención.

* * *

—"¡Ah!, sí—continuó—la ocasión no se hizo esperar mucho, desgraciadamente. Si yo no hubiese sido esclavo de la maldita obsesión de acabar pronto—porque no habría podido resistir por más tiempo el espasmo de aquella alucinación—aún esperaría.

Pero, ¿quién puede preparar y prevenir los propios nervios en el momento culminante, en aquel momento en el cual se concentran en los tendones de los dedos todas las exasperaciones de tanto tiempo contenidas, todo un turbio pulular de rencores, de antiguos odios, de venganzas retrospectivas?

Yo creía poder porque así lo quería. Cuanto más se acercaba el momento, sentía crecer en mí un alma nueva, un alma de criminal. Y cuando, sólo con él, le aconsejaba dulcemente que se curase y me ofrecía de enfermero, temblaba de compasión hacia mí mismo por la vileza en que me hundía; y me condenaba.

Pero, ¿no eran las artes del otro, bajas, viles y pérfidas? Eramos iguales. Así me consolaba.

Sin alargar demasiado los hechos con mis reflexiones, os diré que cuando enfermó yo no dormía más. Y una tarde, a la hora del crepúsculo, lo sentí lamentarse y suspirar. Entré en su habitación y lo vi pálido, con una expresión que no olvidaré nunca.

—¿Qué siente usted?—le pregunté.

—Creo tener una fuerte fiebre—me respondió.

—No se alarme usted, amigo mío—le dije, poniéndole una mano sobre la frente— ¿sabe usted lo que haremos?

—¿Qué podrá hacer usted? Llame a un médico, se lo ruego, ya que es usted tan amable.

—No, los médicos no sirven para nada, en este caso. Y además, llegaría demasiado tarde.

—¡¡¡Qué!!! ¿Qué quiere usted decir con esto?

El estaba espantado y el tinte ya pálido de su rostro se había vuelto lívido.

—Quiero decir—añadí sonriendo cínicamente—, que cuando el médico llegará en esta casa, usted estará ya curado gracias al remedio que le propongo...

Entonces, empecé a explicarle qué influencia maligna ejercían sobre nuestro físico, además de sobre nuestra moral algunos flúidos misteriosos. Por ejemplo, le dije, el estravismo ¿qué es, sino el resultado de la germinación de un mal latente, debajo de la influencia más o menos maléfica de los astros? Y menos mal cuando ésta enfermedad se manifiesta de un modo concreto que es siempre el medio de extirparla como se extrae un diente.

Imaginad, amigos míos, si este prólogo resultó agradable al enfermo. Pero, no llegó todavía a comprender completamente mi íntimo pensamiento. Mi semblante sonriente le hacía, seguramente, más impresión que toda palabra.

En fin, cansado de esperar (os confieso que dejaba pasar el tiempo porque tenía temor o asco o miedo, no lo sé) y sin añadir ni una sola palabra, me acerqué más a él y le dije con fuerza que estuviese quieto y que abriera bien los ojos, o mejor, el ojo. Y en seguida, u npoco sorprendido y un poco turbado me clavó en el rostro aquella pupila terrible, de un color verde-azul gelatinoso.

No puedo pensar más: y no recuerdo casi nada. Sino que me eché desesperadamente sobre él y llevé las manos a la frente. Pero las manos, ¡oh!, esto sí que lo recuerdo bien, me temblaban, me temblaban como presas de una fiebre violenta y se rehusaban a obrar.

Fué aquello lo que me impidió la realización de mi proyecto. Yo ya no miraba ni a él, ni a su ojo embrujado, tan sólo mis manos que se agitaban con espasmo en un delirio de fiebre. Un temblor incesante, perverso, traidor.

El gritaba espantado entreviendo mi locura: y buscaba de esconderse debajo de las mantas. Finalmente logró salir del lecho y de un salto se lanzó a la ventana, que era baja y estaba a unos cien metros del mar.

Pidió socorro varias veces y varias veces huyó a mi persecución. Me eché sobre él decidido a acabarlo todo, mis dedos se pusieron sobre el párpado siniestro—"aquél" —y apretaron con angustia desesperada.

Pero las manos aún temblaban desordenadamente, convulsivamente... Hasta que un impulso de rabia me hizo apretar fuertemente los dedos... Y después no sé más, que me encontré en una celda de la cárcel y que me condenaron por homicidio frustrado. En el proceso me pidieron si era cierto que quisiera matarlo.

—¿A quién?—pregunté yo.

Todos se pusieron a reír. Nadie había comprendido, ni podían comprender por más que me explicase. Así es que callé y les dejé hacer.

Me dieron solamente un año de prisión, porque me declararon atacado de manía persecutoria, producto de una grave neurastenia.

Lo único que supe de él es que había perdido el *ojo* y que se había mostrado clemente conmigo.

Ahora estoy tranquilo. Sólo que me espanta el temblor de mis manos. Miradlas..."

* * *

Efectivamente, las manos del desgraciado temblaban sobre el borde de la mesa, blancas y sutiles como las de una dama. Y sus ojos dolorosamente dilatados, las miraban agitarse y sufrir como alas de una tórtola en una jaula demasiado estrecha.

—Camarero, ¡este "champagne" no es de la viuda!

—Señor, ignoro si ha vuelto a casarse.

—Dicen que la carne subirá de precio.

El marido.—A mí no me engañarán de mucho.

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

ECOS E INDISCRECIONES

COSAS DE LA CALLE

El padre de Noé

Jamás entró en mis cálculos dedicarme a la investigación de hechos históricos, porque jamás comulgué en la manida idea de que los historiadores fueron unos falsarios, y de que la historia, si no toda, en su gran parte, es un soberano embuste. Tampoco afirmaré rotundamente que todo en ella es verídico, porque cada historiador ha visto los hechos y los personajes de muy distinta forma, y llevado por su creencia en la certeza de sus asertos ha falseado a veces figuras y acontecimientos de pretéritos tiempos. Sólo pretendo asentar en estas mal pergeñadas líneas, que he aceptado siempre como buenas todas las enseñanzas de la historia sin meterme a estudiar profundamente las fuentes de aquélla, y que jamás cruzó por la imaginación de quien esto escribe la idea de ahondar en tan arduas materias.

Tanto la historia llamada profana como la llamada historia sagrada, fueron mis libros favoritos en mis años infantiles, y con verdadero entusiasmo los estudié, junto a los demás textos que pertenecían a la sección de letras. Claro que el transcurso del tiempo todo lo borra, todo lo hace olvidar, y, como sobre todo, la historia sagrada hace muchos años que no la he repasado, confieso abiertamente que no domino sus hechos y sus figuras. Recuerdo, sí, los pasajes más salientes del Antiguo y del Nuevo Testamento y estoy de acuerdo completamente con la teoría sustentada por los inolvidables Perrín y Palacios respecto al casto José con relación a Lota y a la esposa del Faraón egipcio.

Ahora bien; una de las figuras bíblicas cuya procedencia se ha esfumado de mi memoria, hasta no recordar cuál fué el nombre de su progenitor, es la de Noé. Desde luego sé que este patriarca antidiluviano es el que tuvo la revelación de la gran catástrofe del terrible castigo que acechaba a la pervertida humanidad, y fué el encargado de salvar, junto a su familia, un par de animales de cada especie, metiéndolos en su célebre arca, primera nave que dicen que se conoció en el mundo, de donde resulta que Noé fué el primer armador de buques del universo. También tiene a su favor este venerable patriarca el invento del vino, ya que según nos dice la sagrada historia extrajo el zumo a la uva y se embriagó lamentablemente. La humanidad actual le debe, pues, su existencia y la del preciado morapio que con tantos millones de adictos cuenta en la actualidad.

Pero... ¿quién fué el padre de Noé? He aquí mi problema. Tantas veces como he pretendido disponer de un momento para ir a las grandes bibliotecas a consultar el antiguo libro, las ocupaciones me lo han impedido, y mi deseo se ha difuminado. Por fin, lector querido, la casualidad me ha deparado la ocasión de salir de dudas sin necesidad de consultar sagradas historias, y soy el hombre más feliz de la creación desde que he logrado mi deseo.

Donde menos lo esperaba, cuando más ajeno estaba a tal interés histórico, en plena playa de la Malvarrosa, se hizo para mí la luz en este difícil punto. En una de nuestras clásicas "barraquetes" de baño se leía: "El Noé, hijo de Hipólito." ¡Por fin logré salir de dudas! Bien taxativa y terminante estaba allí la filiación. El padre de Noé fué Hipólito.

Y jamás me perdonaré que un tosco y rudo "barraquero" haya tenido que recordarme este importantísimo detalle de la historia sagrada. ¡Tan vulgar como era el nombre! ¡Hipólito! ¡Como que a lo mejor el padre del dueño de la "barraqueta" se llama también así, como el padre de Noé!

JOSE MARIA DE LA TORRE.

EL MARISCAL CHINO FENG, EN BERLIN

Motivos secretos de su viaje

Afirma el "Chicago Tribune", que días pasados llegó el mariscal chino Feng a Berlín, procedente de Varsovia, adonde había ido de incógnito, después de una estancia en Moscow, donde fué a pedir subsidios que le permitan continuar la campaña contra Chang-Tso-Lin y Ou-Pei-Fu.

Los amigos de Feng-Hu-Siang dicen que su visita a Berlín es de pura cortesía; pero según el referido diario, el mariscal ha ido en realidad para efectuar importantísimas compras de armas y de municiones.

Algunos llegan a decir que el plan a que obedece es verdaderamente maquiavélico, pues resulta que como Alemania, en virtud del tratado de Versalles, no puede vender armas a Rusia, pero sí a China, se ha concertado la venta a ese último Estado de una importante cifra en elementos de guerra, de los que cederá después una parte al gobierno de los soviets, burlando de ese modo el tratado.

COKCTAILS

Dice Julio Senador:

"Ni existe sobrepoblación en parte alguna, ni aun para dentro de cien siglos se vislumbra todavía esa amenaza. Toda la humanidad ahora existente cabría de pie sobre la superficie helada del lago Lehman, a razón de dos adultos y dos niños por metro cuadrado. Y si el hielo se rompiera y la humanidad entera se hundiese en el lago, sólo haría elevar aproximadamente un metro el nivel ordinario de las aguas.

"Y aún dicen que en el mundo sobra gente. ¡Pero si somos cuatro gatos!"

⁂

Máximo Gorki hace decir a uno de los personajes de una de sus mejores novelas: "Tan grande como es la Tierra, y los hombres no cabemos en ella."

Nos parece encontrar cierta concomitancia entre estos dos pensamientos.

Es verdad: no sobran hombres: sobran privilegios, que hacen difícil la vida armónica y solidaria de la Humanidad.

Y esos privilegios no desaparecerán hasta que triunfe el Socialismo.

⁂

"Un sistema taquigráfico para los pueblos orientales."

Cuando se adopte ya no podrán decir: "Estaba escrito."

Habrán de asegurar: "Estaba taquigrafiado."

⁂

"Un nuevo metal."

Y aseguran que hasta ahora sólo lo han visto unas pocas personas.

Debe ser ese cuproníquel del que tanto se habló y no ha visto aún ningún conocido nuestro.

⁂

"El final de las leyendas."

Preferiríamos saber en qué terminará una historia.

Una historia que seguimos ya bostezando, porque resulta demasiado monótona.

⁂

"Entre "dada" y "gaga"."

Todo cambia, hasta los adagios.

Antes se decía "entre Scila y Caribdis".

Luego, "entre Pinto y Valdemoro".

Y ahora diremos eso que hemos copiado y que a decir verdad suena que no puede sonar peor.

⁂

"Entran en una tienda por la pared."

No hay que buscar al caco por ahora, sino en noviembre.

Porque no puede ser otro que el Comendador.

Los automóviles olvidados

Para LA ZARPA

En los grandes garages quedan olvidados para siempre muchos automóviles. Nadie publica ni recoge esta estadística, pero el tanto por ciento de automóviles olvidados cada vez es mayor.

En los grandes garages se espera con paciencia al que no paga el almacenaje de su automóvil en la jaula que evite la huida del animal trepidante, pero un día el automóvil por el que no viene nadie, es trasladado a las jaulas secretas, a las jaulas de las suspiraciones, verdaderas jaulas de castigo.

Sigue pasando tiempo. El dueño del automóvil ha desaparecido, ha perdido la memoria, ha muerto sin hacer testamento del automóvil o ha sido habido por la guardia civil que le buscaba desde mucho tiempo atrás. Ya puede enagenarlo el "garagista", ya puede enviarlo a las grandes ferias de automóviles usados, ya puede sacarlo del pozo del olvido o bajarlo de la terraza en que ha sufrido los rigores de estar a la intemperie.

Es como automóvil cazado a la espera y resulta el verdadero gaje del oficio cuando no es uno de esos automóviles de cuya marca no ha querido volver a acordarse su dueño.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA.

Els *menús* més deliciosos són els del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :-: Café - Bar - Restaurant

UN LIBRO NUEVO

El ex torero Rodolfo Gaona va a publicar una novela

Hace escasamente medio año, cuando Rodolfo Gaona vivía en San Sebastián, cayó en su poder un número de "El Norte de Castilla", que yo tenía sobre mi mesa, y leyó en él un folletón en que se publicaban las primicias de una novela de Sánchez Mejías.

Pocos días después, se anunciaba en otro diario, de no recuerdo qué provincia, el estreno de una comedia titulada "La malcasada". Gaona, que la leyó también, se quedó un poco preocupado y vino a proponerme:

—¿Quieres escribir en colaboración conmigo una comedia?

—¿Vas a dedicarte a escribir para el teatro? — le pregunté sorprendido.

—Sí. Yo te daré el argumento. Tú lo escribes y luego yo corrijo lo que hagas, pues nadie como yo podrá sentir la obra.

Era tentadora la oferta. Rodolfo Gaona, antes de planear nada de la obra ni de pensar en la escenificación del argumento, me dió el título. Se llamaría "El bígamo". Amores de torero. Boda deshecha. Causas, motivos, detalles íntimos.

Había en todo aquello algo de eso, un poco morboso, pero que el público reclama y que consiste en presentar lo más íntimo de la vida de los artistas, cual si esa intimidad no tuviera derecho al secreto.

En casa de Rodolfo, en varias tardes, me hizo el relato del argumento. Era una cosa absolutamente teatralizable. Una obra de interés y de emoción. Comedia sentimental para muchachas enamoradizas y obra de nervios y de curiosidad.

Había acción y movimiento. Encariñado con ella, dediqué mi tiempo a la colaboración.

Gaona, cada día más satisfecho de lo que hacía, me alentaba. El ejemplar de "El Norte de Castilla" no faltaba en su mesa. Era, luego lo supe, lo que más le acuciaba. No le importaba gran cosa el anuncio de aquella otra, "La malcasada", en que se consideraba aludido. Lo que le importaba era la novela de Sánchez Mejías.

No quería ser menos que Ignacio. En la lucha con los toros había tenido grandes diferencias con Joselito. Tuvo que luchar a brazo partido con Bombita, Machaco y Belmonte. Está convencido de haberles ganado la pelea. Y ahora quería ganársela también a Ignacio.

—Yo lo haré mejor que él — me decía.

Y luego, en una expresión de buen sociólogo, añadía:

—Para escribir hay que sentir. Quien no siente lo que escribe, es como quien torea sin gusto. Cuando se viste un torero, tiene que torear para él, no para el público. Ignacio no ha vivido su novela como yo he vivido mi obra.

Cuando terminamos ésta, Rodolfo se marchó a Méjico, Quiere que sea ante aquel público de sus paisanos, donde se represente y se aplauda.

Pero el correo de hoy me ha traído una sorpresa. Se trataba de un gran paquete, en el cual, la letra fina y picuda de Rodolfo, había escrito mi dirección.

Abrí el sobre y me encontré con un enorme montón de cuartillas. Acompañándolas unas letras solamente.

"La comedia — me dice — va a ensayarse. Pero quiero que en España se publique al mismo tiempo que aquí se representa la comedia, una novela mía. Es el mismo título y el mismo argumento. Léela y corrígela. Dala en seguida a la imprenta."

Yo he leído la novela. Son 460 cuartillas de letra apretada y nerviosa. Se ve que muchas cuartillas han sido escritas de un tirón.

Durante varias horas he pensado en el arreglo que necesitaban las cuartillas.

Rodolfo Gaona es un muchacho que se autoeducó. Aprendió todo en la vida. Veinte años de hombre rico, le proporcionaron la educación suficiente para no hacer un mal papel. Sus largos e incesantes viajes le proporcionaron alguna cultura. Sin embargo, las cuartillas de Gaona tienen una infinidad de defectos literarios.

El pulirlos, el quitarlos, puede proporcionar a la novela una ventaja. Pero estimo que le han de restar también un considerable gran valor. El de la sinceridad.

Y por eso, después de una breve vacilación, he tomado la resolución de visitar al impresor, de pedirle precio para la edición y de entregarle inmediatamente las cuartillas, para que vayan a la linotipia tal y como fueron redactadas por el torero mejicano que quiere, como novelista, "ganarle la pelea" a Ignacio Sánchez Mejías...

ALFREDO R. ANTIGUEDAD.

UAB Universitat Autònoma de Barcelona

EL TABLADO DE ARLEQUIN

"EL MICALET" Y SERRANO

Doblaste a gloria, campana, y doblas a gratitud

DE LA PLAYA EN LAS ARENAS...

Aquí estamos. Donde dice el fandanguillo famoso que Pepe Serrano despunta a media voz. Se le adelanta de la silla el torso, *curvo, fino y patético. Canturrea, mirando* absorto el mar y su postura y la voz ronca, rota, evocan la figura de uno de esos "cantaores" que saben encender las ruinas de la garganta, con brasas de buen estilo y escalofríos de sentimiento...

Es el mismo, este Serrano de ahora, madurado por los triunfos, la vida y el sol, que aquel pálido mozo de la fotografía amarillenta que busca en su guitarra, junto a los Quinteros, los ritmos castizos del pasodoble de "El Motete".

Como los buenos vinos verdes, con los días se hizo añejo, en su alma, aquel zumo caliente, fervoroso, español, del mocerío, que ahora se le va entre los labios, copla abajo, mientras un fuego de entusiasmo le encandila los ojos tras las grandes gafas de concha, mientras el aire frío del crepúsculo desbrava su pintoresca pelambrera...

"De la playa en las arenas..."

Pepe Serrano sueña. Mira con mirada de idólatra el lomo verde y solitario del mar, sobre el que resbalan las espumas. Si alguien empujase a sus brazos la guitarra de la juventud, *volverían a florecer las gitanerías milagrosas*, desgarradas como ojales de faca, de "La reina mora..."

CINCO MINUTOS DE DIALOGO

Esta vez, el maestro — que ya vive en su escondrijo de El Perelló, donde se cura y se ateza con el silvestre panteísmo del sol, de la pesca y del silencio — no vino a la ciudad, como hace un año, sobre su barca. "El Príncipe Carnaval", igual que un héroe de leyenda antigua, navegando hasta tierra, entre las bañistas que le vieron, atónitas, llegar.

Ahora vino por tierra, seriamente, oficialmente. Vino requerido por el Gobernador, por el Alcalde, para ultimar la ceremonia de hoy: la colocación de la primera piedra de la casa que el Ayuntamiento, en nombre de Valencia, regala al prodigioso músico del pueblo...

—¡Por fin, maestro!

—Nunca es tarde. Diez y siete años ha esperado el solar que yo compré en la dunas de El Perelló. No es mucho. En cambio, la gente me llama tumbón, porque he tardado veinticinco años en escribir "La venta de los gatos". ¡Ah, la *opinión pública y cuán* injusta es! En lugar de reconocer que soy un modelo de perseverancia en el anuncio. Aquí tendría yo que contar lo que le dijo Eladio a Mascheroni, la noche que unos amigos del Teatro Real invitaron a cenar al gran director en el estupendo figón madrileño.

Pidió Mascheroni una tortilla. Pero al cabo de una hora, la tortilla no había parecido. Entonces, Mascheroni requirió a Eladio, el patrón, y le increpó por su tardanza. Eladio le preguntó quién era.

—¡Soy Mascheroni!

—Pues parece mentira, porque ya podía usté saber que no es lo mismo freir un par de huevos a conciencia que hacer una ópera.

Lo mismo que dijo Eladio, dice de mí la gente. ¡Si se habrán figurado que en veinticinco años, haciendo todo lo que yo he tenido que hacer, le queda a uno tiempo para instrumentarse dos actos como dos catedrales!

—Pero, ¿acaba usted. "La venta" o no?

—Sí. Ahora, sí. ¡Palabra de honor! "La venta de los gatos" será lo primero que salga de la casa que Valencia me ofrece. Lo que no sé es si la estrenaré en España o en Norteamérica. Tampoco esto se lo va a creer nadie, pero es verdad. Me han ofrecido el estreno en Nueva York y en tales condiciones, que estoy decidido a pasar el charco. Pero, de no ser allí, será en Valencia o Sevilla, donde "La venta" se estrene.

—Bien, maestro: levantaremos acta.

—¡Aún hay más! Este invierno estrenaré seis obras, en un acto, y naturalmente, sin coros: "Danza de apaches", de *Luis Germán, y "La maga de Oriente"*, de Sinesio Delgado; una reducción de "El príncipe se casa", de Pepe Cadenas; "La víspera del Pilar", de Juan José Lorente; "Las hilanderas", zarzuela de nuestros tiempos de Italia, de Federico Oliver, y "Puerta de Moros", sainete lírico madrileño de Paradas y Jiménez. En septiembre entregaré las obras a Federico Caballé, que hace la temporada de Barcelona. Al mismo tiempo, se estrenarán en Valencia, de octubre a enero, y bajo mi dirección. Por eso, no he desmontado mi casa de la Gran Vía. Y a comienzos de año iré a Madrid para organizar allí tres meses de género lírico con mis obras. Tengo ya ofrecimientos innumerables de empresas, algunas que se formarán a base de mi repertorio y otras que actualmente explotan varios teatros en la Corte.

Ahora trabajo sobre un libro, también en un acto, de Jacinto Benavente, que todavía no lleva título. Esa obra la dará a conocer en Madrid, mi primo Pepe Montó Serrano, con otras de Vives, Luna, Rosilló y Alonso, de las que él es empresario. Por provincias, la estrenará mi compañía, al mismo tiempo que las otras seis.

—¡Que le oigan los dioses, maestro! Menudo año lírico profetiza usted.

—¡Hombre! Yo creo que será algo mejor que los que pasaron. Por varias razones: primero, porque el Gobierno se *dispone a proteger el género nacional en igual medida que* la ópera. La temporada oficial del teatro de la Zarzuela lo demuestra. Además, se ha reducido mucho la tributación al Estado. El público, de otra parte, con sus recientes fallos, ha despertado entre los verdaderos músicos esperanzas que la incomprensión y el arribismo de años anteriores casi habían desvanecido. Mire usted: hay dos clases de música de zarzuela, la popular y la populachera. Música popular es la de Chapí, la de Jiménez, la de Barbieri, que pasan, se olvidan, y de pronto, resucitan en las nuevas generaciones, como melodías que uno dormía en su corazón y que al renacer, nos llenan de extraña alegría. La otra música es la populachera. Producto abominable y burdo, que todo lo invade, pero que muere de repente, como si cuantos la tararean y la silban de un modo servil, sintiesen una vergüenza súbita. Pasa con esa música, o ruído, lo que con las epidemias. Nadie puede atajarlas con medicinas, pero un poco de higiene las anula. En nuestro caso, el pueblo va higienizándose el gusto a bastante velocidad. Unos años más y esa peste desaparecerá por los siglos de los siglos, hasta de las cocinas, que son sus baluartes naturales.

EL APOSTOLADO DEL COCIDO

—Continúa usted revelándose como un Profeta de Optimismo.

—Y lo soy. Pero no Profeta, sino Apóstol. Le explicaré. Soy uno de los miembros del Apostolado del Cocido. Doce apóstoles que nos reunimos todos los martes a comer el ínclito y maravilloso "piri" madrileño.

—Eso es una lección de españolismo...

—Sí, señor. Soy español batuta en ristre y cuchara en mano, como los otros apóstoles de la cofradía.

—¡Doce apóstoles, maestro! ¿Quién es Judas?

—No existe, no puede existir. ¡Usted no sabe qué fuerza de regeneración y de persuasión tiene un cocido! El apostolado lo componemos el presidente del Directorio; Martínez Anido; el duque de Tetuán; su ayudante, el coronel Lacerda; Vallellano, alcalde de Madrid; Soto Reguera; Delgado Barreto, y su secretario e íntimo, el periodista Gonzalo Latorre; el **maestro Luna; el general** Losada; Pepe Cadenas, y yo. Nos congregamos todos los martes y cada día paga uno. Hablamos de lo divino y lo humano y no pocas medidas admirables han nacido allí, en el generoso calor de la charla...

LA CASA DE VALENCIA

—¡Mi casa! ¡La de Valencia!

Al decir esto, brillan los ojos de Serrano. Parece manar de ellos una claridad que ilumina su rostro y se adivina la infinita ansiedad que desazona su corazón.

—¡Mi casa...! ¡La que me da Valencia! La esperé tanto tiempo, la he deseado tanto, que ahora creo que todo es ficticio, como el castillo de un sueño infantil. La he deseado con pasión que no puse en ningún deseo. Hubiera dado mi vida para que la promesa fuera, un día, realidad. Sólo en un hombre errante, como yo, que conocí en mi adolescencia la tristeza de no tener hogar, de tener un hogar inútil, que es la mayor tristeza, pudo mantenerse ese deseo, a través de los años, con una vehemencia tan absurda, tan aferrada a la esperanza, que resistió desencantos y desengaños, sobreviviendo siempre...

Ahora, en pleno disfrute de mi obra, con un hogar feliz, fuerte y alegre todavía, la sombra de ese sueño inapresable nublaba mi vida.

¡Mi casa! En ella quería yo refugiar todos mis amores, mi gratitud, mi espíritu. De mis amores — mi tierra valenciana, mi cielo, mi mar, mi luz — quería yo que estuviesen amasadas las piedras de esa casa. Y hacer de ella mi paraíso, donde consumiría mi existencia como un místico en el cielo de sus éxtasis y sus visiones. ¡Adoraré mi patria — soñaba — y haré de mi arte oraciones de gratitud para Valencia! En esa casa, alquería levantina, de rústica pérgola emparrada, con sus miradores abiertos al mar y orlados de azules campanillos como un blasón de hidalguía aldeana, en esa casa, mi casita blanca de cal y de sol, haré el escondite de mi futuro, curaré las heridas de los viejos y nuevos dolores, esperaré mi muerte en paz con todas las cosas...

Ese era mi sueño y toda mi fe se concentraba en él y de él se esparcía sobre mi alma. ¿Comprende usted, cómo ha de ser mi alegría, hoy que sé que todo va a ser cierto?

"EL MICALET

—Mañana colocaremos la primera piedra. Y ya no descansaremos hasta que todo esté concluído. Para noviembre espero inaugurarla, con una gran fiesta, a la que asistirán los apóstoles, amigos de toda España, periodistas, valencianos, todo el que quiera.

La casa se llamará "El Micalet" y ostentará en la fachada la lápida de la dedicatoria. Ahí tiene el proyecto, obra de mi paisano el arquitecto Julián Ferrando, que es como un hijo mío y que desea ver la casa en pie, tanto como yo lo deseo. "El Micalet" será un edificio sencillo, encalado, con todas las apariencias de las maravillosas alquerías de nuestra huerta. Fernando Gascón, ese estupendo ceramista de Valencia, que *es compañero de estudios de Ferrando, se ha ofrecido a decorarla* con azulejos y mosaicos de estilos tradicionales, nuestros...

Y en un ángulo de la fachada, estará "El Micalet", la torre de la casa, pequeña imagen del Padre Miguelete. Arriba he de colocar un reloj que tenga una hermosa campana.

Esa campana llevará grabado en su bronce un nombre: "Valencia".

Esa campana, que tocará todas las horas, hasta la hora final de mi vida, será la que siembre en el viento la eterna voz de mi gratitud, la voz de mi amor a mi tierra.

FINAL

Calla el maestro. Ha ido atenuándose su voz, que ahora tiembla y se le ahonda en el pecho, vencida por las emociones...

* * *

Valencia ha honrado a su hijo. Le debía ese honor. La tierra que da flores de gratitud es una tierra santa, noble, española...

FEDERICO MIÑANA.

Valencia, agosto 1926.

De todos y para todos

¿Es conveniente que cultiven el teatro catalán varias compañías

Así pregunta un periódico.

La respuesta de los autores y de los actores es afirmativa.

La de las empresas, negativa.

Lo cual, que se explica...

¤

En el Cómico se ha estrenado "Joy-Joy", con un éxito formidable, mayor que el de "Oui-Oui" y que el de "Yes-Yes".

Así lo dicen todos los periódicos, así lo dice el público llenando el teatro y aplaudiendo a rabiar.

Todo ello nos parece muy bien por razones que no nos parece bien explicar.

¤

A estas horas todavía no sabe Mariano Serrano qué hacer con el Tívoli.

¿A que acaba subarrendándolo?

¤

Mariano Vila y Pío Daví empiezan hoy en Eldorado una temporada de comedia catalana.

La obra del debut es "Muntanyes del Canigó".

Pensaban debutar con "Mar i Cel", pero creen que les probará más el aire de la montaña que el del mar.

¤

Esta noche se estrena en el Barcelona una obra de Alejandro Mac Kinlay, titulada "Bajo la capa de Arlequín".

¡Caray, qué rico!

¤

Azorín bombea desaforadamente a Benavente, comparándole con Lope de Vega.

El ex anarquista Martínez Ruiz está a punto de debutar como autor teatral, y va cepillando levitas como un desesperado.

¡Qué caso de frescura!

¤

Marcos Redondo ha tenido un éxito como su apellido, en Valencia.

Es uno de los pocos marcos que no ha perdido nunca valor.

¤

Entre cómicos sin contrata.

—¿Qué haces?

—¡Voy a ir a Las Arenas!

—¿Con la Capsir?

No. A la corrida del domingo.

¤

Angel Pestaña se ha lanzado al teatro.

Y comienza cediendo parte de sus derechos de autor.

¡Qué ganas de imitar a José María de Sagarra!

¤

Por fin se han quedado los Perezoff con Olympia.

No encontrábamos la información, pero ahora ya estamos sobre la pista.

Van a hacer cisco.

Antonio López, Impresor : : Olmo, 8, Barcelona

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

EL ESCANDALO

REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Calle del Olmo, 8
BARCELONA

LA ESFINGE EGIPCIA

Recientemente, no más allá del pasado invierno, la Comisión de Antigüedades de Egipto ha estado ocupada en el total desescombro y reparación de la famosa y colosal Esfinge que en pleno desierto se levanta a la sombra de las pirámides de Gizeh.

Cuarenta y cinco siglos ha levantaron los egipcios este monumento, cuyo origen y significación permanecen aún en el más oscuro misterio, misterio que la arena iba haciendo inextricable, enterrando poco a poco en la arena el coloso de piedra, misterio que continúa aún sin descifrar, a pesar de haber logrado en la actual primavera los obreros egipcios dejar totalmente al descubierto "la Gran Esfinge", su cuerpo macizo, las cuatro garras sobre que reposa, un altar romano protegido por las dos garras delanteras y una lápida en la cual consta que "la Esfinge que a la sombra del sol mira eternamente al cielo de Oriente" fué restaurada durante la décimaoctava dinastía.

La Esfinge ha sido reparada, no restaurada, sin desvirtuar lo más mínimo sus líneas y su carácter secular, bajo la dirección del sabio doctor Basaize, quien ha demostrado que la Esfinge fué restaurada por Thobucés IV y por los romanos, quienes construyeron alrededor del hoyo en que se levanta un muro protector contra las invasiones de la arena del desierto, que ahora está reparándose, complementándose con el que en 1886 mandó construir Mr. Masperó y con otro más grueso y elevado que está construyéndose ahora con el mismo objeto, para que la humanidad pueda contemplar libre del mar de arena que la ahogaba la famosa Esfinge y pueda meditar a su sombra sobre su significado.

¿Cuál es éste?

Ivan Tourgueneff escribió una página, no tan misteriosa como aparece a primera lectura, para quien sepa leer entre líneas, y que dice así:

"LA ESFINGE

La llanura de gris amarillento, polvorienta por encima, dura por debajo; llanura guijarrosa y áspera; llanura y más llanura hasta perderse de vista...

Y sobre este desierto sin una hierba, sin una sombra vegetal, sobre este mar de polvo muerto, levanta su enorme testa la Gran Esfinge Egipcia.

Y aquellos labios gruesos y bífidos, ¿qué quieren decir? ¿Y aquellas grandes fosas nasales remangadas e inmóviles, y aquellos ojos rasgados y rotos, medio adormecidoos, medio vigilantes bajo la doble arcada de las altas cejas?

Y, sin embargo, quiere decir alguna cosa la colosal estatua. Pero, ¿qué? ¿No véis que habla?

Aunque sólo Edipo, tan sólo él podría adivinar y comprender el sentido de aquella palabra misteriosa...

La miro... ¿Cómo? ¡Pero si esas facciones no me son desconocidas! ¡Si no tienen nada de egipcio!

¿Una frente lisa y blanca; los pómulos salientes, saltones; la nariz ancha y corta; la boca hermosa; el labio carnoso, el mentón corroido; y aquellos ojos pequeños, separados, hundidos bajo las rectas cejas y en la cabeza una a modo de cofia de cabellos partidos en dos crenchas, por el centro, por una raya estrecha?... ¡Sí, eres tú, Jégor, Lidor, Sémén, paisano mío, de Jeroslaw, de Riazan, compatricio mío! Tú, ruso de sangre hasta la medula de los huesos, como yo mismo, ¿cuánto tiempo ha que te has convertido en Esfinge?

¿Y tú también quieres decir alguna cosa? Sí, tú también; que por eso eres una Esfinge.

Que tus ojos muertos y lacrimosos, pero reflexivos, hablan también; y su lenguaje no es menos silencioso y enigmático.

Solamente que, ¿dónde está tu Edipo?

¡Ay, que no basta, no, ponerse en la cabeza la gorra de eslavófilo para convertirse en Edipo tuyo, no, Esfinge de todas las Rusias!"

Aparte el alto sentido filosófico e irónico de la página de Tourgueneff, que por cierto a través de los años tiene cierta sugestiva actualidad, el sentido misterioso de la Gran Esfinge Egipcia parece descifrado por la inscripción descubierta al resturar Thobucés IV la colosal estatua "que reposando a la sombra del sol (al abrigo, bajo la protección) mira siempre hacia Oriente".

¿No serán estas palabras la clave del misterio que rodea a la Esfinge?

Los egipcios, como todos los pueblos antiguos y primitivos, adoraron al Sol como origen y sostén de la vida; ellos sabían, con más certeza si cabe que nosotros, que las primeras emigraciones se dirigieron desde el Oriente a todos los ámbitos del planeta... ¿Qué de extraño, pues, que la Esfinge sea un misterioso jeroglífico esculpido indicando que todo el misterio de la creación yace bajo la ruta del Sol, y que la humanidad debe esperar la cultura, el progreso y la civilización siempre del Oriente?

¿No enterraban árabes y judíos sus muertos con los pies hacia el Oriente, indicando que hasta la justicia después de la resurrección y la vida ultraterrena la esperaban del Sol y del Oriente?

Más que un misterio arcano la Esfinge Egipcia es un jeroglífico más de la teogonía egipcia, un símbolo — animal con cabeza humana que representaba el misterioso conjunto de todos los seres y problemas de la Creación — del culto al Dios-Sol y de la esperanza en el poder del Oriente fecundo y luminoso.

B. MORALES SAN MARTIN.

EN VIAJE DE BODAS

—¿Estás muy apenada y triste al dejar a tus papás?
—Sí, efectivamente; cada vez me ha ocurrido lo mismo.....

LOS JUDIOS NO ESTAN CONTRA LA CIENCIA

Declaraciones del profesor Harry A. Wolfson en los Estados Unidos

ASHEVILLE, N. C., junio 29. (Special.)— Declarando que no existe conflicto entre la religión judaica y la ciencia, ni siquiera en lo que a la teoría de la evolución respecta, y que el judaísmo no se encuentra arrastrado en una controversia como la que sostienen modernistas y fundamentalistas de la religión cristiana, el profesor Harry A. Wolfson, que explica la cátedra de Literatura y Filosofía judaicas en la Universidad de Harvard, pronunció un discurso ante la Conferencia central de los rabíes americanos, celebrada en esta ciudad. Su tema fué el judaísmo, en relación con la Filosofía y con la Ciencia.

El doctor Wolfson declaró que los judíos fueron los primeros madernistas, agregando que interpretaron la Biblia mucho tiempo antes de la Era cristiana y que esta actitud de los judíos hace imposible toda duda acerca del origen y guía divina del Universo, cualesquierá que sean los descubrimientos de la Ciencia.

El aficionado y el "amateur"

Cuando un hombre que pinta o escribe o hace música o ejerce cualquier profesión liberal exclama: "Yo no soy más que un "amateur", hay que ponerse en guardia. El "amateurismo" es, por sí solo, una profesión inconfesada. En todo "amateur" hay un aborto de profesional, un profesinal abortado, que, como aborto, practica afanosamente un arte, un oficio, un deporte, sin salir a la superficie, sin confesar su profesión, por miedo al fracaso o quizá por extremada timidez. O por impotencia reconocida y temerosa del ajeno reconocimiento.

El "amateur" es un producto de una civilización de opúsculos y de diccionarios enciclopédicos. Aspira ahincadamente al profesionalismo, pero le contiene la falta de un origen confesable en su preparación profesional. El "amateur" es al profesional lo que el sustituto al sustituído. No hay ningún sustituto que se crea indigno de ocupar la vacante, pero nunca lo confiesa, y, cuando el sustituído retorna, el sustituto, con gozo en apariencia, pero en su interior con amargura, afirma que él no era sino el interino, el indocumentado, el oscuro, el "amateur". Nunca dice el aficionado, sino el "amateur".

Y es que el aficionado es un sencillo espectador, mientras que el "amateur", dolorido por aspiraciones no logradas e inconfesables, presencia los toros desde el redondel de la plaza y ha matado ya algún becerro en un tentadero, estirando el busto como un maestro y preparándose, a solas, frente al espejo.

El "amateur" es el hombre que más se mira al espejo. Trabaja su obra con más puntillosa pulcritud que el mismo profesional. Es, en cierto modo, más profesional que el profesional, por la razón sencilla de que la aspiración es siempre más tiránica que la obligación.

Si la palabra "amateur" no envolviera un concepto de profesionalismo, en estado latente, como aspiración ahincada a punto de saltar a la superficie, no hubiéramos recurrido al francés, y diríamos, sencillamente en español: "Soy un aficionado". Pero en el "aficionado" castellano hay excesiva pasividad, excesiva modestia de hombre que ha comprado una butaca en la taquilla. Y el "amateur" no compra nunca la butaca, porque se codea y tutea con los profesionales.

Cuando el "amateur" no logra ascender a la categoría de profesional, se niega a aceptar la idea del fracaso, porque dice que era hombre sin ambiciones. ¡Y claro que tenía ambiciones! Ambiciones absorbentes, calladas, tiránicas. Muchas más ambiciones que el profesional. Porque a las ambiciones de este último sumaba él la de convertirse en profesional. Algo así como el presidiario, que codicia la libertad por sustraerse a las incomodidades del presidio y luego por la libertad misma.

El "amateur" envidia primero el simple título o categoría de profesional y luego los beneficios de éste. En tanto que el aficionado se limita a envidiar, a distancia, la aureola del profesionalismo.

La originalidad en París

Mientras llega el momento de empezar "la gran penitencia", el pueblo de París sigue demostrando, con sus rasgos de buen humor, la serena confianza con que se aguarda la salida del actual atolladero económico. He aquí el singular cortejo que ha desfilado por algunas de las calles más céntricas con ocasión del matrimonio de un popular comerciante: la desposada — opulenta "jeune fille", de 100 kilos de peso — era conducida en una florida carretilla pilotada por el padrino; en otro vehículo de la misma clase, el novio empujaba a la futura suegra y madrina de la ceremonia; 20 carretillas igualmente adornadas conducían al resto de la comitiva. El tradicional ramo de flores, en un alarde de riqueza y del sólido pulso de la desposada, quedó sustituído por una enorme coliflor adornada de otras legumbres, todo ello de un peso bruto de 10 kilos. La novedad de que se ha rodeado esta ceremonia nupcial ha sido muy comentada, pero juzgamos que era innecesaria. ¿No es ya en París suficiente originalidad el simple hecho de casarse?

ESTE NUMERO HA SIDO
PASADO POR LA PREVIA
CENSURA GUBERNATIVA